

FIESTA EN TODOS LADOS: EL CARNAVAL EN SU MARCO REGIONAL

CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS, 1890-1912 *

PABLO VAGLIENTE**

Los análisis "duales", de oposición, forman parte de los abordajes más conocidos en la historia del carnaval, aun cuando éste no ha sido profusamente estudiado en la historiografía argentina.⁽¹⁾ Las miradas siempre depositadas hacia los casos europeos nos han acercado modelos binarios en que la fiesta es asumida como un conjunto de luchas simbólicas y/o materiales que enfrentan muy diversos pares dialécticos: élite/popular; sagrado/profano; comicidad/seriedad; carnaval/cuaresma; burgueses/campesinos; jóvenes/viejos; liberación/represión, invierno/verano, y varias otras oposiciones posibles.⁽²⁾

Una aproximación que destaque otro tipo de lucha simbólica no es tan frecuente: la que vincula la dimensión espacial, física, de los asentamientos: dentro de una ciudad, el núcleo urbano y los barrios periféricos;⁽³⁾ en una región, la capital y las poblaciones de la campaña. Se puede intentar, como aquí lo haré, una historia cultural atenta y exploratoria de estas dinámicas infraestructurales.

Precisando el objeto: en el epílogo decimonónico, la llegada del Carnaval era empleada por la clase dirigente local como ocasión oportuna para dirimir cuestiones pendientes de poder social, religioso, político o económico. Todavía no estamos en la fase de la fiesta carnalesca como simple mercancía, es decir, como instancia de extraordinaria acumulación de beneficios económicos para el sector

* Este artículo se inscribe en el marco del Proyecto "Carnaval y poder durante la República restringida: Córdoba, 1890-1912", dirigido por Norma Pavoni. Quiero agradecer aquí el apoyo de Ofelia Pianetto en la lectura atenta del borrador del artículo.

** Ciffy, Universidad Nacional de Córdoba; ICS, Universidad Nacional de Villa María.

de los comerciantes. El rey Momo podía ser el aliado de un grupo interesado en exhibir sus credenciales de afinidad con el gobernante nacional, provincial o municipal de turno; podía ser manipulado para distinguir netamente a los poseedores de capitales de volúmenes demasiado dispares; y también, en más de una ocasión, servía como excusa puntual para reprochar el clima cultural vacío y vano que la secularización liberal había impulsado. Hay una cuarta dimensión que me interesa analizar en este artículo, y es indagar en los movimientos socioculturales que las distintas poblaciones de la provincia generaban al apropiarse, a su manera cada una, de esta fiesta.

En ese sentido, ¿se puede hablar de tensiones entre las ciudades por el festejo del carnaval? ¿No son acaso los miembros de la misma clase dominante los que determinan esa suerte de puja competitiva, ya que los sectores populares no viajan para “carnavalear”? Parte de la élite se queda en la capital, por lo tanto la queja, repetida año tras año, ante esa suerte de vaciamiento urbano generado por las salidas del estío, da consenso a la idea promovida de inevitable opacidad en el supuesto brillo social de la fiesta. Se construye así una determinada representación de la ciudad veraniega, la que queda consagrada por las crónicas no profesionales del carnaval, destacando ante todo lo que su carácter guarda de efímero y frívolo. La ciudad-centro queda en poder de aquella fracción de la élite tradicional que de tan tradicional no renueva siquiera sus prácticas de distinción —no se adapta a la moda nueva del traslado al campo—, y queda también en poder de una pequeña burguesía comerciante en crecimiento y de los sectores populares, nativos y extranjeros, en proceso de adaptación e integración.

Una moda en el calendario

Para quienes vivían en la capital, la única aglomeración demográfica que merece ser llamada ciudad parece ser Córdoba; el resto constituye un conjunto más o menos abigarrado de poblaciones de un interior al que se denomina genéricamente campaña, pero que no logran recibir la denominación urbana que se reserva monopólicamente para aquella. Son los “pueblos”, o más sencillamente “el campo”, también “villas de campaña” o “puntos de veraneo”. No se trata tan simplemente de una exageración periodística; véase la clásica obra de Biale Massé, escrita en 1904, que en los capítulos correspondientes a esta provincia habla de una sola ciudad; los demás son puntos, pueblos, villas —y no podrá alegarse mezquindad admirativa a este catalán para con su segundo hogar—; véase asimismo a Ferrero observando con prudencia que hacia 1915 sólo a Río Cuarto puede llamársela ciudad, en la extensa llanura agropecuaria cordobesa, en virtud de los indicadores usualmente empleados para definirla como tal; ni San Francisco ni Villa María escapan por entonces a una caracterización de “pueblo grande”.⁽⁴⁾

Echando una mirada al período inmediato anterior al que estamos presentando, se observa que la provincia registra un flujo demográfico en constante ascenso, que duplica, en treinta años, su total; los 210.508 habitantes de 1869 dejan bien atrás los 100.644 que había arrojado el censo de 1840. Pero la principal diferencia cuantitativa y cualitativa la conforma el nuevo paisaje étnico que está dándose a conocer: ya en 1870 empiezan a hacerse sentir las camadas de inmigrantes caídos como gajos a la ciudad de Buenos Aires y recibidos, con mala capacidad gubernativa para la bienvenida, en la doctoral y estratégica Córdoba.

Pero el patrón de distribución demográfica todavía reconoce los rasgos de la larga duración colonial, con un 70% que se concentra en los departamentos del norte y el oeste provincial, básicamente ganadero-textil y de fundos medianos, y el centro capitalino, concentrador de un comercio interregional pero incapaz de promover todavía una temprana industrialización. Los lugares de residencia de la pampa agrícola apenas están alterando su fisonomía, conforme los cruzan las vías férreas, instalándose las primeras colonias, que crecerán con rapidez tras superar los fracasos de la primera hora; aquellas escasas 4 colonias de 1876 llegarán a ser 146 cuando las tome el censo de 1895.

Las villas españolas que desde el mil seiscientos se fueron estableciendo en forma sobreimpuesta o contigua a los centros aborígenes, y de los que en no pocos casos heredaron la toponimia, se asentaron sobre los dos ejes principales de la trama, las que conforman el camino real de las postas: centro-norte y oeste-centro-este. Los pueblos fundados a fines del siglo XVIII y la primera mitad del siguiente, también ratifican, y lo atestiguan Concolorcorvo, la vigencia de esas líneas cruzadas, que apenas cubren siquiera la mitad del territorio cordobés. En 1895 se conoce la jerarquía actualizada de estos lugares en función de su cantidad de habitantes: los 54.763 pobladores de Córdoba son seguidos muy distantemente por los de Río Cuarto y Villa María.

Se sabe, por otra parte, que la inmigración en este período recién comenzaba a madurar flujos consolidados de trabajadores dispuestos a quedarse, aun cuando en el período intercensal 1888-1895 se constata la pérdida de cerca de 15.000 habitantes que, como coletazo de la crisis económica de 1890, emigran a otras provincias como Santa Fe —el auge de sus colonias— e incluso al Brasil, buscando con desesperación la oportunidad aquí negada.⁽⁵⁾

Se comprende entonces que para la población de una ciudad acostumbrada a concentrar y acumular (no sólo personas, bienes y servicios sino también noticias, polémicas, signos de distinción, aspiraciones políticas y todo cuanto puede provocar la posición sustentada por Córdoba en el marco tanto colonial como neocolonial), aquella moda de la fuga estacional que desde el imperio de lo liberal empezó tíbicamente a manifestarse, hasta consagrarse como norma tácita de las conductas sociales adecuadas, no pasaba desapercibida, ni quedaba exenta de la renovada crítica de los que padecían la sangría.

Las escasas experiencias masivas de traslado de la ciudad capital al campo habían estado asociadas, en el pasado reciente, a una causa que no descansaba en el intrincado cuadro de las luchas civiles sino en el temido y recordado flagelo de la peste: la irrupción advertida del cólera en 1867/68 había desnudado las carencias y debilidades de la administración gubernativa para atender epidemias, pero también resaltó el sálvese quien pueda que asoló a las familias, dejando en manos de algunos abnegados y de considerable cantidad de resignados, la custodia de una ciudad queapestaba. El éxodo que se deseaba preventivo terminó por contribuir a la reproducción involuntaria del virus, pero igualmente se asistió al paisaje desolador del pozo vaciado, una afrenta para la orgullosa comunidad mediterránea, y una imagen en la que gustaban regodearse algunos cronistas venidos desde el puerto.

Cierto es que la época estival siempre se había caracterizado por una pesadez a la que se le huía recurriendo, si se podía, a la estancia o a la quinta, en carácter de propietario o de visita ocasional, para aliviarse del calor gracias a ese fresco aire de los amaneceres y los crepúsculos y a los cursos de agua serranos. Pero lo que asoma aquí es una transformación estructural del ocio y el tiempo libre, jalonada por una necesaria, obligada movilización territorial como prerrequisito funcional. Aparece, en nombre de la moda, la idea de una *exigencia social* para cualquier persona que en tanto agente enclasadado, pretendiera gozar de las ventajas de las posiciones más empinadas de la pirámide social. Un traslado operado hacia diciembre, que se interrumpía en el mes de marzo, ordenado por el padre de familia, debido a razones de mercado, o por la familia entera, si se decidía, por conveniencia, regresar a la ciudad para la semana de carnestolendas (costó, como se verá, obligar a ese nueva y provisoria movilización; si alguien podrá adjudicarse el mérito de incorporar —con moderado éxito, por otra parte— esta parada social obligatoria, serán los comerciantes que organizaron el curso céntrico).

Los problemas que a los sectores medios les generaba esta actitud neocolonizadora en la campaña no fueron infrecuentes, y en muchos casos las dificultades de una economía que dependía en demasía del capital social para sostener el simbólico afectaba a varias familias acostumbradas a sobrellevar con cierta altura los rituales consagratorios para mantener presencia distinguida en las redes informales de la conversación burguesa. Para evitar la temida crítica interdoméstica que devaluaba posiciones a un ritmo acelerado y por largo tiempo, para no privarse semanas enteras de sociabilidad decente por no poder cumplir con el viaje, y también para no perder las posibilidades de las estratégicas visitas masculinas a la residencia de verano, que podían siempre implicar la chance de incrementar por vía matrimonial el patrimonio (la lapidaria sentencia para las niñas que debían quedarse no podía ocultar su carácter despectivo: eran “las del verano”), la práctica del endeudamiento estival llegó a gozar de cierta fama entre financistas y prestamistas oportunos, y a causar más de un quiebre en la amistad de quien socorría a la víctima de la moda.

El encarecimiento de los precios en los puntos de la campaña (“nuestros paisanos de la campaña aprovechan la bolada que se les presenta, y en consecuencia se dejan pedir un negro con pito y todo por lo que no vale un comino”)⁽⁶⁾ se correspondía con la larga lista de los consumos no ordinarios a realizar, que iban desde la renta de la vivienda o del cuarto de hotel, el pago de los vehículos y los trabajadores que operaban la mudanza para llegar y para partir, hasta la renovación de un vestuario que se exhibirá repetidas veces como tertulias, paseos, *pic nics* y cabalgatas se organicen. Todo tendía a saturar el presupuesto familiar en una relación de tres a uno con los gastos habituales de los meses restantes, cuando en no pocos casos se hacía forzoso pensar estrategias para dilatar las deudas más soportables con el panadero, la modista, la lavandera o el carnicero.

Estas capas medias no estaban en un callejón sin salida para gozar del placer de la temporada del calor en parajes poco o nada urbanizados. La prensa indica la inteligencia de acomodar posibilidades y pretensiones recurriendo a un cinturón de núcleos cercanos a la ciudad, y que gozaban de cierta leyenda favorable como asiento aceptable de las familias locales e incluso de las que podían provenir de Buenos Aires, Santa Fe, Rosario y Tucumán. Si las nuevas urbanizaciones cordobesas surgidas en aquel último cuarto de siglo —Alta Córdoba, General Paz o Las Rosas— ejercían un predicamento usualmente favorable en las columnas periodísticas, el caso de la colonia San Vicente, al este de la ciudad, ofrece un contraste nítido, ya que se reconocían sus potenciales virtudes antes que un presente glorioso. Queda claro aun así que el prestigio sanvicentino es con todo mucho mayor que lo que pudieran mostrar los demás “pueblos” periféricos al casco central; si se quiso exponer a la flamante quinta sección urbana a los vaivenes de una crítica dura en ocasiones y genuflecta en el halago en otras, fue por la importancia social que había alcanzado, el peso político que llegó a exhibir en el marco municipal y el ser pensada como una alternativa distinta, con perfiles propios, al de la ciudad que la hizo nacer.

“Y se explica que así sea, porque al fin y al postre aunque San Vicente no pasa de ser San Vicente, con sus ranas, moscas y mosquitos, ofrece en cambio otras ventajas que no ofrecen otros puntos veraniegos; como por ejemplo el de tener cerca el cementerio para los que se mueren y la ciudad a corta distancia para proveerse de todo lo necesario para la vida”.⁽⁷⁾

Córdoba quedaba desierta en sus calles, su pulso era el mismo del cementerio, se afirmaba año tras año en los períodos anteriores y posteriores al giro del siglo. Se elegía un sustantivo con intención animista, tristeza, para describir al paseo mayor, Sobremonte, cuando se contemplaba la desolación de las barcazas que descansaban de las disputas tradicionales de las parejas que anhelaban alcanzar la glorieta del centro del lago artificial. La animación que propiciaba la burguesía en los meses fríos y en la cálida primavera desde las bases institucionales políticas, sociales, deportivas, recreativas que había creado quedaba paralizada, dejando sólo lángui-

das expresiones culturales para el intercambio y la interacción puntuales. La retreta pasó a ocupar el centro de la escena en la temporada, mediante conciertos en la plaza mayor, San Martín, que a veces debieron ceder incluso a la irresistible tentación de llevar el gusto musical a la plaza Gavier, en el corazón sanvicentino, tranvía mediante.

Lo interesante es advertir que la común queja amarga del cronista ante la humillante salida de las escasas familias que quedaban en la ciudad para escuchar a la banda en San Vicente y no en el principal hito céntrico, se trastocaba en estrategia exactamente invertida para defender la actividad de la ciudad en la época estival, cuando los reportes porteños o rosarinos se hacían eco de esa misma queja; en Córdoba, entonces, no se estaba ni inmóvil ni aburrido porque la ciudad en crecimiento acudía a sus márgenes a disfrutar de la generosa naturaleza prodigada en la colonia que fundara en 1870 Agustín Garzón.⁽⁸⁾

No es fácil medir el impacto real de los movimientos migratorios hacia la campaña en los meses de verano; parece claro, con todo, que debe matizarse el carácter generalizador de las columnas de esa prensa que situaba el vacío urbano. La exigencia social afectó, como he dicho, a los sectores más acomodados y a los que pretendían ser considerados como tales, y que podían darse por satisfechos si eran incorporados en el nunca nominado padrón de las familias "conocidas" o "principales", como solía adjetivárselas; se apreciaba por eso mismo la merma en el comercio, en la industria y la cultura, y la falta casi total de movimiento peatonal tenía por patrón una mirada selectiva hacia las calles de mayor jerarquía. Pero la ciudad oculta a las crónicas, la de los sectores de clase media no ganados por la afiebrada carrera de la moda legitimada en la que no podían anotarse, o la de las clases subalternas que recorrían su cotidianeidad de pobreza por las zonas homológicamente pobres, como El Abrojal, el Pueblito de la Toma u otros enclaves periféricos, y por las calles secundarias del área central, esa ciudad seguía latiendo con el mismo pulso, sin diferenciar temporadas climatológicas propicias o desfavorables. ¿Qué calles debían ser miradas para medir las conductas sociales? Las que conformaban por entonces la ciudad deseada, como representación de las jerarquías positivas en términos de distinción, decencia, dignidad, estilo; las que, generalmente, coincidían con las rutas del curso carnavalesco del centro histórico, el recorrido de la burguesía comercial para pláceme de los notables. Las otras familias —nunca nombradas como tales: esta categoría aparece reservada para la clase dominante— mantenían sus luchas para intentar apropiarse de algún mínimo beneficio de la modernización socioeconómica sin desvelarse por la carencia de recreación en las bellezas naturales de las sierras de Córdoba y otros lugares de la provincia. Aun así, su permanencia en el ámbito de lo urbano no parecía bastar para quienes eran responsables de pintar ese supuesto desierto o aclamar el retorno a una normalidad que despuntaba en el otoño con la llegada de los primeros carruajes de los viajeros. Poco había cambiado desde aquél "la ciudad va quedando más triste que el paseo Sobremonte. Y tiene que ser así, una vez que la mayoría de las familias se marchan

al campo”, con que *La Carcajada* en 1893 invitaba a compartir la pena por la ausencia, y el que once años después iba a permitirse *La Libertad*: “aun cuando anoche presentaba la plaza San Martín un agradable aspecto, notábase visiblemente la ausencia de nuestras familias, de esta ciudad”.⁽⁹⁾ Pobre consuelo para los que asistían por fuerza o por gusto a las veladas musicales al aire libre, en el corazón cívico-religioso que era esa plaza mayor: el campo, ese campo al que le empezaban a deber tantos favores como le entregaban sus rencores, sólo él podía devolverles las riquezas socioculturales que le había quitado, y así recuperar la satisfacción de ser quienes eran en el lugar, el tiempo y la actividad correctas.

Si ésta era la cara resignada de una ciudad que reconoce mal estos avatares de la moda, ¿fue exactamente opuesta la mirada que se recoge al penetrar en la llamada campaña? ¿Siempre son felices las presentaciones festivas en estos puntos? Las generalizaciones previas a la celebración del carnaval, esas que nos entregan indicios de una sensación colectiva sobre el sentido, función y rendimiento de los lugares selectivos de veraneo, nos seducen con claridad para que le creamos a los cronistas sobre esa diferencia esencial entre la situación rural y la urbana. No cuesta demasiado hacerlo con el que señala que “es seguro y segurísimo que en los momentos presentes las poblaciones donde las familias salen a veranear, se notará gran movimiento, gran animación, gran entusiasmo, gran contento y alegría”.⁽¹⁰⁾ Dejémonos llevar inicialmente por esa primera imagen, y conozcamos mejor de qué ciudades del interior estoy hablando al señalar la presencia de esa campaña.

Los puntos de la campaña

Una primera aproximación al retrato periodístico de los corsos del interior sugiere, a manera de una estadística arrebatada y mezquina, aunque no por eso mentirosa, una suerte de jerarquía locacional jalonada por la continuidad y cantidad de las menciones en la prensa. Este ranking comprende al menos unos 40 pueblos. A la cabeza se repiten, año tras año, nítidamente, dos citas veraniegas: Jesús María y Río Segundo; un segundo grupo, relevante, destaca los casos de Cosquín, Alta Gracia, Pilar, Totoral, Calera, Villa Allende y Río Cuarto. Ambas clasificaciones pueden conformar en sí el mapa de preferencias festivas.⁽¹¹⁾ Con bastante menor visibilidad social, en un tercer grupo incluyo a Villa María-Villa Nueva, Cruz del Eje, San Francisco, Tulumba, Deán Funes, Capilla del Monte y Río Ceballos. Finalmente, con apariciones únicas o aisladas, se encuentran referencias de un nutrido grupo de localidades: Argüello, Freire, Río Primero, San Marcos Sud, Soconcho, Quilino, Ascochinga, Mina Clavero, Pozo del Molle, Anizacate, Concepción del Tío, Huerta Grande, San Marcos, Arroyito, Laspiur, Oliva, Ballesteros, Marcos Juárez, Calchín, Tanti, La Falda, Carnerillo, San Roque y Villa del Rosario.⁽¹²⁾

El mapa de las preferencias nos deja ver cierta descentralización espacial a la hora de contemplar los casos en que mejor se apreciaba el festejo a Momo. Jesús

María, ubicada a 80 km. al norte de la capital provincial; Río Segundo, a 45 km. en dirección sudeste; sobre esta misma vía, separada justamente por el río, Pilar. Luego, dos sitios muy cercanos a Córdoba (Calera y Villa Allende); en sentido suroeste, a apenas 25 km., Alta Gracia; en el valle de Punilla, a unos 60 km. de la capital, hacia el norte, Cosquín; aún más lejos en la misma dirección, Totoral; en contraste, en el rincón sureño más lejano del territorio provincial, la segunda ciudad en importancia, Río Cuarto.

Una primera lectura sobre este fenómeno de la espacialidad extensiva de la fiesta puede relacionarse con la transformación del eje estructural de poblamiento del territorio. Ese eje reconoció durante los primeros siglos de la colonia la continuidad clara con los patrones de asentamientos indígenas; la densidad la marcaba esa columna vertical que nacía, o moría, en Cruz del Eje y Tulumba (esta misma hija de una política de traslado de población que nada tenía que ver con lo festivo),⁽¹³⁾ para concentrarse en Córdoba y comenzar una lenta difuminación en la región periférica a ésta. Desde mediados del siglo XIX, empero, cambia, según testimonio censal, la orientación de ese patrón, para dar lugar a otra flecha que se tuerce a medida que las villas de la pampa sureste-este atraen y retienen cada vez más racimos migratorios. Aparecen como centros estivales de importancia, entonces, dos tipos de ciudades: las históricas, como Río Cuarto o Totoral, tal vez demasiado alejadas, en distancia física, de las urgencias de la moda como para permitirse traslados masivos y ser indiferentes a la práctica social de la conmemoración pagana; y ciudades que, si con cierto sentido anacrónico podemos llamar turísticas, se caracterizan más firmemente por ofrecer una conjunción natural en paisaje y clima que las familias patricias capitalinas y del litoral juzgan con una benignidad llamativa. Ni Jesús María, ni Cosquín, por caso, desaprovecharán la oportunidad de ocupar el corazón de las miradas sociales en esos breves meses, cimentando una fama larga para el *landscape* serrano, la cual en estos días continúa alimentando al fisco cordobés y a los comerciantes y propietarios locales, explotación de la "industria invisible" de por medio.

Jesús María: "la gente de buen humor y para la que nunca hay malos tiempos —indica *La Carcajada* en 1893—, se prepara desde ya con entusiasmo para pasar divertidamente los días de carnaval".⁽¹⁴⁾ Había un aliciente para nada común, lo que hoy llamaríamos una ventaja comparativa en relación a los demás "puntos" veraniegos: muy cerca de allí era donde el general Roca, presidente de la Nación entre 1880-1886 y 1898-1904, y personalidad decisiva de la política argentina más allá del cargo ocupado, tenía su estancia de descanso, La Paz, convertida en realidad en litúrgico nudo de encuentros de las élites de las provincias y del puerto. Tómese por caso la programación de las fiestas hacia 1901: Roca es presidente, y el gobernador Del Campillo siente la obligación de acompañar su estadía, tanto como de disponer de algunos recursos de la provincia en el agasajo, supuestamente privado pero devenido en semipúblico, de carnestolendas. Los tres corsos, amenizados por la Banda de Música oficial, serán especiales porque se consigue suprimir,

con eficacia extraña, el uso del agua como arma ridiculizante, "para que ocupen su lugar las flores, serpentinas y papel picado". En la estación del ferrocarril —factor clave para el acceso asegurado de las familias distantes a la cita anual en este punto— los festejantes son recibidos con lluvia de serpentinas. Es domingo de febrero, ese mismo día se organiza el primer corso en la estación y por la noche el baile en el refinado Club Social. El lunes, con relajo campestre, se dispone, en horario matinal, un paseo por la estancia *Los Nogales*, mientras al caer la tarde la anfitriona de los jugadores y los espectadores será Angela Peñaloza de Carreras. El Club vuelve a reunir a los ya agotados paseantes, en un tercer corso que cierra parcialmente el ciclo de la festividad, mostrando un balance auspicioso a pesar de la carestía que ese año diezmó las posibilidades del lujo: la fiesta guardaba proporción con la relativa escasez de los fondos recolectados, dando lugar, sino a lo espléndidamente bueno, al menos a lo regularmente agradable, en expresión de época.⁽¹⁵⁾ La mención de los puntos de reunión no es casual: año tras año la estancia para paseos, meriendas y té, fue *Los Nogales*, y el Club Social la institución para el baile de gala, a veces acompañada del Salón Municipal. La solidez y el prestigio de Jesús María no parece quebrarse en este período, que señala no obstante el comienzo de la decadencia de las familias conservadoras en el orden político: aún en 1911, organizada por una comisión directiva que presidía con carácter honorario el Venerable Maestro Juan José Pitt, con un nada despreciable apoyo de vocales —cuarenta y seis—, el cronista puede afirmar con soltura que "el brillante éxito alcanzado ha demostrado, una vez más, que siempre marcha Jesús María a la cabeza del movimiento social de la provincia, durante la temporada estival, cuyo período culminante lo dan los pasados días dedicados al ya viejísimo Momo..."⁽¹⁶⁾

En esa dualidad fundada hacia el *fin-de-siècle*, por un lado la ciudad centro vaciada y por otro la constelación de pueblos-rurales-estivales, Jesús María aporta un componente decisivo, la llegada de los miembros de mayor brillo de una clase social que se sabe nacional. El efecto de consagración queda asegurado e indiscutido: si Roca elige Jesús María, ésta pasa a ser el epicentro territorial del mundo político, económico y social argentino, así sea por algunas semanas.

El ferrocarril tiene mucho que ver con todo este movimiento, aunque le antecede. Opera como prerrequisito para esta práctica original del encuentro social, es el medio instrumental de la modernización que facilita que se den las posibilidades para ampliar las condiciones de producción y reproducción de la dominación simbólica de esa red, fuerte pero no exclusivamente familiar, que detenta el poder en el país. Por lo demás, no puede negarse que operaba positivamente un estímulo adicional: la rebaja en la tarifa que regía en el período carnavalesco, de aproximadamente dos semanas, en todos aquellos sitios atravesados por las vías férreas.

Ahora, esa imposición del nuevo gusto refinado, que cuenta con la prensa para difundirse, requiere de los nuevos escenarios de la campaña, necesariamente aleja-

dos de los territorios habituales, y que no pueden reducirse a uno o dos puntos de concentración. Se establece una jerarquía de sitios receptores de los desplazamientos urbanos, donde si Jesús María es el centro estelar de la moda del éxodo, como Río Segundo o Cosquín, también se organizan presentaciones estivales no estelares, en pueblos de un tercer y cuarto orden de eficacia representativa, que responden ante todo a una lógica de participación en el otorgamiento del prestigio bastante más deslucida y secundaria; expresan su condición de zonas rurales que pueden igualmente albergar en el período festivo a unas cuantas familias "nobles", de nobleza más que discutible y capital económico más que probable. Las estrategias trazadas por los cronistas de estación para apuntalar ese enmascaramiento no dudarán en echar mano a cuanto recurso discursivo sirva para calificar y legitimar a un nuevo punto de encuentro. En Concepción del Tío —una antigua y pequeña villa que todavía sostiene su puesto de cabecera en el departamento San Justo, al este de la provincia, y que perderá en 1915 cuando lo asuma San Francisco, hija privilegiada de la experiencia de las colonias— se observa hacia 1901 la contundencia inverosímil de la búsqueda de equiparación:

"También este centro veraniego, predilecto de un núcleo selecto y numeroso de familias, bien merece figurar en la larga lista de los que le han dado temas durante esta temporada para las diversas crónicas que adornaron su sección.

Concepción del Tío es, señor cronista, un centro pródigo de encanto y desbordante de simpáticos relieves que tiene sus épocas brillantes de regocijo social y ve desarrollarse periódicamente fiestas de caracteres altamente sugestivos.

Cuenta con elementos suficientes para dar una nota halagadora en medio al concierto general y estas razones son bastantes para que no le extrañe que el arribo de Momo haya sido festejado con un entusiasmo y animación interesantísimos.

En un local convenientemente arreglado desarrollóse el tradicional corso, acudiendo a él un crecido número de carruajes tripulado por mujeres hermosas y entusiastas que le dieron los más acentuados relieves de buen gusto, convirtiéndolo en una reunión llena de notas atrayentes.

...Y en medio del bullicioso torbellino del desfile, bajo el tejido espléndidamente caprichoso de las serpentinas, todo aquello parecía el cuadro vivo de esas narraciones imposibles que nos suelen contar los poetas...

Los carruajes estaban adornados con muchísimo gusto, y sus bellas pasajeras, hermosas por sí mismas, parecían aún más encantadoras con sus originales adornos, que les daban un exquisito aspecto.

Completaban el conjunto diversas comparsas que acudieron al corso luciendo trajes apropiados, derramando sus graciosos y finos chistes al pasar, y viéndose blanco de los proyectiles que les arrojaban en abundancia para aplaudirles y animarles, porque no había en ellas ni la grosería chocante ni el desmán hiriente que hace antipáticas las agrupaciones de esta índole.

Y tantas impresiones agradables se clausuraron con un bien animado baile, dado en los salones de nuestra más espaciosa casa de recreo que pudiéramos llamar centro social de esta villa.

A él concurrió un crecido número de familias, que admiraron su sencillo al par que bien meditado ornato, digno escenario de la simpática reunión. La fiesta prolongose hasta avanzada hora, no faltando la consabida buena orquesta y el magnífico servicio de confitería...⁽¹⁷⁾

Nada más común que leer estas desmedidas cataratas de elogios por parte de los corresponsales o colaboradores de la prensa en esos lugares, que no podían ser modernamente objetivos por el simple hecho de que el campo periodístico se encuentra todavía en un momento de su trayectoria en el que la objetividad de la noticia no aparece como componente decisivo en las luchas internas para decidir el favor del público como cliente. Lo aplicará a ese criterio en algún caso, aquel que puede constatar por sus propios medios, y en los otros no lo exigirá.

El diario depende entonces de la buena voluntad de esos escribas locales, muchas veces femeninos, para incorporar comentarios de sitios distintos a los ya consagrados; su narrativa apenas esconde la modestia real de los acontecimientos —hecha evidente en ese “sencillo al par que bien meditado ornato”—, bastante más cercanos a lo que describe la palabra dignidad que a lo que puede ampararse en adjetivos más rutilantes y pomposos.

De todos modos, las cartas que se dirigen al Sr. Director contribuyen también a contraponer, de manera aquí sí rotunda, la pobreza, el aburrimiento o la desidia general que aqueja al carnaval de la capital, con la magnificencia, brillo o simplemente simpatía de las fiestas en los puntos de la campaña, asegurando la reproducción del ciclo migratorio estival.

Unión y desunión

Aun cuando lo predominante fue realizar presentaciones periodísticas que propiciaban un espacio interior uniformemente exitoso en el tiempo de la fiesta, hubo algunos casos en que la información se correspondía con la dimensión proporcionalmente pequeña de la trama urbanizada que le servía de referencia. En 1903, *La Libertad* publica un comentario tardío de un protagonista de los carnavales de San Marcos, en el corazón de la ya afirmada “pampa gringa”, señalando que estuvo bastante animado, con un pequeño corso, destacando sólo a cuatro familias —Bustos, Poggi, Funes y Angeloz— y a tres señoritas —Elvirita Cangiano, Micaela Aranzábal y Rudecinda Solari—, e incluso reconociendo el fracaso de una tertulia por causas imprevistas de última hora.⁽¹⁸⁾ Pero esta sobriedad en el relato no se observa ordinariamente en la prensa, salvo en los casos en que los dispositivos de verificación lo permiten, y ese es el caso del carnaval de la ciudad de Córdoba. La información como descripción desprovista de adjetivaciones orientadas de antemano a garantizar el efecto de brillantez del evento —o de su completo fracaso— logra encontrar paulatinamente su lugar en ese espacio y tiempo acotados.

De la misma manera, existe otra intencionalidad uniformadora al momento de contar la fiesta en la campaña, sea como instancia preparatoria o como acontecimiento. Apunta precisamente a mostrar la solidez de la élite en tanto clase dominante, su participación feliz y distintiva en ese ciclo lúdico, en un espacio ajeno al de su cotidianeidad, y que no hace sino prolongar su condición de gente espléndida, además de decente, notable, culta y refinada, tal como se exhibe en la ciudad-centro.

“Es de notar, señor cronista, la unión que ha reinado entre las familias de la localidad, razón por la cual tal vez alcanzaron las fiestas tan bellas proyecciones”, se dice, con exactitud, al evaluar el carnaval vivido en Villa María en febrero de 1904. La unión entre las familias era una variable relevante para analizar el éxito de los eventos sociales o su resultado desfavorable. Si existía una clara competencia por el mejor rendimiento de los capitales puestos en juego —en primer lugar el económico, inmediatamente después el simbólico, el social, el político, el cultural— por los distintos ocupantes de las posiciones más elevadas del espacio social local, todo quedará “en familia” a menos que las tensiones aumenten por la llegada de otros agentes de la misma clase, con patrimonios más o menos similares pero con especificidad de origen territorial distinto, bonaerense o rosarino, por ejemplo. Allí el desafío será el acoplamiento de clase, la búsqueda de la armonía que debe reinar entre quienes son de una misma condición. Logrado el objetivo, probablemente por la concurrencia de factores que exceden el juego mismo del carnaval (y que terminan por consagrar, luego de varias temporadas que deben marcar la habitualidad precedente, negocios de muy variadas mercancías —el casamiento, la compra de tierras, por caso—), se resaltará la unión que rigió todas las relaciones entabladas.

En ese marco del deber ser, un giro de tuerca sobre este mismo eje de la cooperación elitista la brindó el festejo de Tulumba en 1901, una villa tradicional eminentemente criolla, del norte cordobés, capaz de concentrar la migración de las provincias menos saludadas por el nuevo orden postcolonial: desde Tucumán a La Rioja, desde Catamarca a Santiago del Estero. Dotada de un clima por demás saludable y un paisaje de serena belleza, ajena al cordón serrano preferido y predominante, Tulumba se erige como muestra de otro perfil de la celebración estival en el interior, donde el conjunto de capitales puestos en juego son sensiblemente inferiores a los de la alta burguesía festejante, y por eso contiene “una positiva ventaja sobre las demás poblaciones veraniegas de nuestra campaña, y es la de que en las familias que se reúnen aquí anualmente no ha penetrado la etiqueta y el exagerado lujo que se nota en la mayor parte de aquéllas”.

“Aquí las familias principales del lugar y las veraneantes no forman, se puede decir, más que una sola y unida familia, que procura pasar el tiempo lo más agradablemente posible”.⁽¹⁹⁾

Cerca de Tulumba, en la llamada Villa General Mitre, que conocemos como Totoral, nada menos cercano a este paisaje armónico de la convivencia civil. Las diferencias reconocen anclajes profundos; la llegada del elemento "extranjero", tal el caso de los contingentes llegados desde Córdoba, Buenos Aires o Santa Fe, pueden incrementar la incomodidad existente, sancionando los comportamientos civilizatorios y distinguiendo negativamente ("hicieron el vacío") a aquellos que, aun expresando el poder local, no logran hacerlo corresponder con los niveles de cultura deseados.

Un segundo caso, Río Segundo, con trazado originado en 1871 pero efectivizado recién a mediados de la década siguiente, parece haber llevado en sí la marca de una desunión profunda, sin que contemos con todos los elementos deseables para dar a conocer las causas concretas de los problemas. Se sabe que ya en 1892 el baile con que concluye el carnaval "será de conciliación";⁽²⁰⁾ una década después, "las fiestas de carnaval no han alcanzado las proyecciones que se esperaba, debido a la anarquía que reina entre las familias, que a última hora se hizo más notable".⁽²¹⁾ Los tres días estipulados para el corso fueron fracasos de concurrencia; es más, un grupo importante prefirió divertirse en Pilar, el pueblo contiguo, insultando simbólicamente el orgullo de su vecino más grande y rico. Las divisiones sociales probablemente afectaron no sólo a la interna de la élite, sino a las clases medias y bajas del lugar. Río Segundo no era sino una villa joven, de reciente urbanización sostenida, gozando de las ventajas de sus campos agropecuarios y el ferrocarril cruzándolo como un puente de plata. Las familias decentes no tenían en esta zona tanta tradición ni nobleza para aludir supremacía simbólica, aunque ya se cuenta con varias cabezas muy acaudaladas, la primera generación argentina hija de esos italianos inmigrantes llegados en la primera ola masiva del siglo XIX.

Todavía en 1905 Río Segundo es un sitio poco tranquilo para dedicarse al festejo extendido. Sin embargo, el cronista, siempre empleando el lenguaje sutil que da a entender cosas claras para quienes conocen la situación, la cual no es recreada periodísticamente, afirma que ahora la causa es la llegada al pueblo de "elementos que hace poco han constituido domicilio aquí", mal avenidos con las familias preexistentes, y donde es posible entrever diferencias de orden religioso. La apatía reinante es positiva para evitar la legitimación de los recién llegados; y nada más claro para fijar una postura de rechazo visceral que, justo antes de iniciar en pleno el calendario pagano, recordar a la patrona del pueblo, la Virgen del Rosario, y organizar la procesión purificadora:

"Siempre es preferible la tranquilidad social en este estado agónico en que ella se encuentra, a fin de gozar de los placeres puramente campestres y para evitar en lo posible los trascendentales sucesos.

Felizmente nuestras distinguidas familias de esa y del Rosario son profundamente estimadas por el elemento más selecto y todas ellas, de acuerdo con un grupo de jóvenes que constituyen la Comisión Directiva, han organizado las fiestas religiosas de la patrona de la villa ...".⁽²²⁾

Las desavenencias parecen haber sido superadas ya hacia el año del Centenario. Una nutrida Comisión Directiva se dirige, sin éxito, al Ministro de Gobierno, Culto e Instrucción Pública para pedir el aporte de quinientos pesos nacionales; las fiestas igual alcanzan a brillar, en opinión local. Al año siguiente, no vuelve a mencionarse división alguna, ni domina el pesimismo en la evaluación de las celebraciones, que se realizaron tanto en espacios públicos —el bulevar norte, frente a la plaza central—, como en los privados —el *Hotel Colón* o la tertulia en la estancia *El Recreo*, de Horacio Juárez, que integra la que es ahora la familia convocante y organizadora, y que tal vez haya sabido jugar su rol al momento de alcanzarse la conciliación— o los semipúblicos —un *pic nic* selecto a orillas del río—. (23)

Es cierto, como se está demostrando, que los festejos de carnestolendas en la campaña distan de ser uniformemente fulgurantes, brillantes, animadísimos. Si Jesús María cuenta con regularidad los buenos resultados, en el otro extremo, que se acerca a la apatía sin llegar del todo, se encuentran varios pueblos que no acostumbran todavía a propiciar en grande la venida de Pierrot y Colombina. En 1911 se indica que en Villa del Rosario las fiestas fueron halagadoras, a pesar del convencimiento previo de “que éste iba a pasar como tantos otros años, sin dar la menor muestra de animación”. (24) Un ejemplo más contundente lo da Oliva, “tradicionalmente apático para conmemorar aniversarios o festividades que pueblos mucho menos importantes que éste celebran en cada oportunidad, va a sacudir este año su quietud abrumadora para rendir homenaje a Momo”. (25) Tradicionalmente apático: Oliva apenas contaba entonces con quince años de vida, y ya sufría la marca de una sentencia que, mirando más allá del caso específico, alimentaba crecientemente el imaginario cultural hacia las colonias de inmigrantes en la pampa.

Claro que esta actitud de desgano no puede compararse a la que sesudos escribas de la prensa local insisten en adjudicar a la capital cordobesa. Ya indiqué que en ésta el *desbande* —como solía denominarse a lo que, fuera de contexto historiográfico, podemos llamar “migración estacional” de las familias acomodadas hacia la campaña—, era la causa principal para impedir celebraciones en la medida que se deseaba para la ciudad más importante del interior del país. Que el bajo pueblo se divirtiera, no satisfacía los cánones civilizatorios; los indicadores sociales de la fiesta pasaban por el curso cerrado en las avenidas centrales, el baile del Club Social o la cantidad de palcos alquilados. Las pequeñas localidades pampeanas o serranas, en cambio, o eran receptoras de esa trashumancia de verano, o permanecían en un equilibrio más constante.

Por otra parte, se encuentran bastantes evidencias que revelan la precariedad de los intentos organizativos del carnaval incluso en los sitios que podían jactarse de algún éxito en los festejos. La quietud podía extenderse incluso hasta el límite del mínimo tiempo necesario para montar algún espectáculo carnavalesco. Por eso todavía podían leerse, apenas un par de días previos a la llegada de la fiesta, las

dudas y quejas de quienes esperaban algún gesto de última hora, “un último y decisivo esfuerzo del sexo fuerte”,⁽²⁶⁾ capaces de levantar el estandarte pagano, y evitar así la decepción de quedar en la consideración pública como una sociedad fuera de las exigencias y obligaciones de la moda. Ese “elemento entusiasta” recaía por lo general en la juventud masculina de la zona: lo dicen, por ejemplo, desde Pilar, al denunciar con resignada dureza que el movimiento social allí era nulo, por cuanto “lo que pudiera darle animación, que son los jóvenes, es artículo escasísimo”.⁽²⁷⁾ Estos no tenían un reto menor. Sabían que debían movilizarse rápidamente, conseguir la adhesión de los referentes, que, a la manera de Donato Alvarez en Villa Allende, aceptaban encabezar una lista de suscripción de fondos, y, una vez dispuesto y realizado lo mejor posible el evento social, aceptar la casi segura no publicitación de sus nombres en la prensa, que descansaba en la identificación de las mujeres jóvenes y de las familias, a veces representadas por el nombre del patriarca que encabezaba cada núcleo de parentesco, a veces dando lugar a las señoras, lo cual quizás sugiere ya cierta preferencia lectora femenina por las columnas sociales que describían la marcha de las fiestas pasadas.

Sería imprudente, con todo, acomodarse en una lectura sexista que reparta roles estereotipados, la organización de los eventos a cargo de los hombres y la exhibición frívola como máxima preocupación energética para las mujeres. En Calera, que parecía arrastrar ciertas dificultades para poner en marcha el carnaval domesticado, en 1903 se aprecia que las ansiedades y capacidades de resolución de las señoritas de la zona logran superar la pasividad de la muchachada, luego de integrarse como comité y comprometer la protección de un *leader* local, Luis Olcese. Un grupo de caballeros, dice la noticia, termina por intervenir “consiguiendo un pacto de tregua” con las damas, quienes decidirán el programa que ellos deberán ejecutar. Pequeña gran victoria de lo que el cronista nombra como el feminismo calerense.⁽²⁸⁾

Una cartografía intrarregional

Casi al pasar se exponía recién otra de las características atractivas del carnaval en la campaña. El alcance microrregional de las fiestas solía implicar el desplazamiento de los miembros reputados o autorreputados como distinguidos hacia las localidades cercanas cuyo prestigio fuera mayor que el lugar de origen o de residencia. Si puede dudarse que sea válido restringir a la ciudad capital el fenómeno de la expulsión de burgueses acomodados por toda una temporada —las columnas de viajeros de los diarios dan cuenta de un movimiento que excede al de Córdoba, hablando sólo del marco provincial—, de lo que no queda incertidumbre es de que este traslado puramente carnalesco, que tiene por protagonistas a ciertos pueblos receptores por sobre otros desencantados, tuvo lugar con frecuencia en este período. No ha sido posible construir concluyentemente una cartografía de todos los

circuitos intrarregionales que se trazaron y hasta la fuente misma no da la información refinada que exigiría una demostración acabada; por caso, cuando se menciona la ciudad estelar del carnaval elitista, Jesús María, si se supone que su fulgor atraería gente de varios pueblos cercanos, su falta de nominación puede llevar a una aparente perplejidad, ya que se afirma lo contrario, que el corso se animó con familias locales, de Córdoba y de otros puntos de la República, sin mencionar a los pueblos que, tal vez por el mismo carácter claramente más humilde y sencillo de sus familias notables, no reúnen méritos para incrementar la fama, desde una plataforma periodística, del pueblo norteño.

Aun así, dibujando un mapa de la red de influencias locacionales en este tema, se destacan algunas parejas territoriales donde un punto es cabecera y el otro un centro asociado: así parecen funcionar Alta Gracia y la tranquila Anizacate, al pie de la zona transerrana, en el suroeste, o la pujante Villa María con Villa Nueva, pueblos contiguos en el corazón de la llanura cerealera, sujetos por su historia a tensiones y amabilidades fluctuantes, siempre recíprocas. Un caso distinto podría conformar la relación entre Pilar y Río Segundo, donde las desavenencias civiles ya observadas podían implicar la conversión de la energía centrípeta del pueblo dominante en dispersión centrífuga. Finalmente, núcleos más integrados regionalmente, lo conforman Cosquín y las localidades de Tanti, Santa María que llega a recibir incluso a familias de Capilla del Monte; Villa Allende, como foco de un conjunto numeroso de pequeños puntos de ese sector claramente separado de la periferia noroeste de la ciudad de Córdoba, que integran Rivera Indarte, Argüello, San José, Saldán, El Cóndor, Mendiolaza y La Reducción; también Mina Clavero, que agrupa y cobija a quienes vienen desde Nono y Tránsito, más allá de las Sierras Grandes, al oeste de la provincia.

No se trata, claro está, de circuitos definidos *a priori*, ni siquiera consagrados por una norma jurídica, administrativa o política. Las afinidades socioespaciales son cambiantes, se construyen por el peso específico del conjunto de familias con mayor capital económico, social y político que por lo general residen en el centro poblacional de mayor poblamiento. Por eso en estos circuitos los puntos referentes en la estación veraniega son Alta Gracia, Villa María, Río Segundo, Cosquín, Villa Allende y Mina Clavero. Pero determinadas circunstancias podían hacer variar la preeminencia de ese pueblo y generar el efecto inverso; en vez de atraer a lo más selecto de los grupos del poder local en las cercanías, mantenerse, en primer lugar, en un equilibrio sin entradas ni salidas, y aun así resignarse a un balance necesariamente desfavorable por la pérdida de prestigio al no generar la convocatoria; y en segundo lugar, acentuando hasta el escándalo, a lo sumo regional, la devaluación simbólica de la ciudad, llega a remitir a alguna de las localidades vecinas a su propia muestra representativa de burguesía y pequeña burguesía. Ese es el caso que, se ha visto ya, afectó las relaciones de las familias de Pilar y Río Segundo.

Si uno se atiene a leer de manera ordenada y secuencial las crónicas del Pilar en aquellos años, construiría una imagen que acertaría en dibujar con trazos de

modestia, sencillez y recato. No obstante, en 1894 organizaron para el carnaval un programa de bailes, paseos, banquetes, cabalgatas y el campestre juego de la sortija, un despliegue notorio merced a la buena labor de la comisión directiva que presidía Crisólogo Oliva, el empresario terrateniente que diera su apellido a esa colonia. “Los vecinos del Pilar son entusiastas y de buen gusto, como lo tienen demostrado repetidas veces; reinando en las familias la mejor armonía y buena voluntad”, señalaba no sin exceso de conocimiento el director de *La Carcajada*, Armengol Tecera, asiduo veraneante del lugar. Esta caracterización positiva va decayendo con el paso de los años, y la década siguiente demuestra algunos cambios que no alcanzan a ser explicados, ya que se arriesga sólo el tono nostálgico para contrastar épocas: en 1900 la recepción era “insignificante”, en 1904 el movimiento social “fue casi nulo”, al año siguiente se echó “un velo de indiferentismo sobre sus pasadas glorias”. Las familias de mayor capital social y económico prefieren viajar hasta Río Segundo, como han solido hacerlo desde tiempo atrás. Los problemas internos de la élite de esta ciudad favorecen a Pilar al provocar el insólito traslado hacia allí de algunas familias riosegundinas durante un ciclo que se advierte con claridad hacia 1903 y lo vemos interrumpido ya en 1910. El pequeño pueblo acostumbrado a delegar representatividad en un núcleo selecto de familias, de pronto permuta su rol y se convierte en anfitrión de una fiesta que resigna aquella simpleza para barnizarla de “ese prurito por la aristocracia, que tan mal sienta en la actualidad”, según indicaba un reportero de *La Libertad* en 1903.⁽²⁹⁾ Se trata de un oasis en la marcha de las celebraciones; un par de temporadas después se informa que se han reconstituido los lazos sociales en Río Segundo y nuevamente los pilareños acomodados aportan su contingente al vecino pueblo. Incluso en 1911 la comisión de Río Segundo organiza un baile en cortesía hacia las familias de Pilar, en un operativo inusual: un tren buscó expresamente a los concurrentes hacia las 22:30 horas y las recogió seis horas más tarde.

Puestos a mirar los casos de desplazamientos de un núcleo poblacional a otro vecino, también es de interés registrar uno que viene a quebrar la tendencia central que estoy analizando en este artículo, a saber, la moda impuesta de ausentarse de la ciudad-centro para permanecer durante toda la temporada veraniega en algún punto de recreación de la campaña. Esa fisura es la inversión efímera, parcial, focalizada, de la tendencia; toma la figura de un reflujó, por el cual desde la campaña las familias decentes se trasladaron a Córdoba sólo para participar del curso de Carnaval, convenientemente publicitado en torno al fulgor y la fastuosidad de la celebración céntrica. Se detecta hacia 1906 —hito temporal para una práctica que no se limitará a ese único año, pero que parece nacer en esta primera década— concentrado en torno al Hotel San Martín. Allí se reunieron familias porteñas, tucumanas, santafesinas y cordobesas que estaban descansando en Jesús María, en Calera o en Río Segundo, y que abandonan para enfrentar los tres días de diversión que seducen a los festejantes. Se repasan ahora las crónicas escritas desde los sitios preferidos del verano, y se constata la misma exaltada expectativa.

Ese año, si los comerciantes organizadores del curso del centro sabían ponerse a la altura de las presencias destacadas de los visitantes, la recepción del carnaval, su festejo y despedida, tendrían características nunca vistas.

En aquellos calurosos días de febrero de 1906 se estaba cumpliendo el primer aniversario de la fallida revolución radical contra la oligarquía conservadora. Si el año anterior los festejos habían quedado atrapados en la confusa y angustiada situación creada por la intentona armada —y la lluvia, además, conspiradora, se hizo presente para arruinar ciertos programas—, esta vez el contraste sería feroz, y no quedarían dudas del ánimo de exultante optimismo que atravesaba a los miembros de la clase dominante de la próspera Argentina. El curso del centro llegó a alcanzar unas 20 cuadras con casi un millar de carruajes comprometidos en el ritual del paseo salpicado por serpentinas y papel picado. Apenas terminado el ciclo carnavalesco, regresaron las familias a las casas del campo, a esperar que transcurriera el largo mes hasta el inicio del año escolar.

En definitiva, el mismo epílogo, ese necesario regreso, en todos los casos que padecieron la fiebre de la salida urbana temporaria en los meses de los largos días, las necesarias lluvias, los sofocantes calores.

Volvamos al punto de partida. Se ha procurado aquí dar cuenta de una cara de las prácticas festivas pocas veces trabajada, la que vincula, a partir de la moda, señorial y burguesa, del gusto por el abandono de la ciudad-centro en la temporada estival, a las distintas poblaciones receptoras de la campaña. El impacto provocado por la llegada de esos contingentes adinerados no podía pasar desapercibido, ya que en ese marco de cambio de ambiente y de sociabilidad tenía lugar la más importante y movilizadora de todas estas instancias, el Carnaval. Mientras hombres y mujeres se trasladaban como hormigas, la atmósfera toda estaba impregnada de la que, por entonces, era la Fiesta por excelencia. Perfume de carnaval que, mal mirado, parecía impeler una imagen ilusoria de alegre homogeneidad, contra las diferencias que cruzaban a todos los grupos, cualquiera fuera su lugar de residencia. El hábitat mismo, en cada punto de la escala que va de la ciudad al barrio o a los sectores dentro de éste, constituía otra dimensión, material y simbólica, de la diversidad. El carnaval por entonces ya domesticado, fuera organizado y celebrado por las familias de los notables o por los comerciantes del centro, por los inmigrantes de una colonia o de una asociación mutua, por los pobres de la capital o de la campaña, siempre dio lugar a la manifestación de las diferencias, y esa, más que el principio de la inversión de opuestos bipolares, tal vez sea la principal de las continuidades desplegadas a lo largo de su ya dilatada historia.

NOTAS

(1) Algunas referencias recientes: Luiz Felipe Viel Moreira, *O processo de organizacao de uma ordem capitalista urbana numa cidade do interior argentino: Córdoba - 1895/1906*, Porto Alegre, 1993 —mimeo—. Ricardo Falcón, "La larga batalla por el carnaval: la cuestión del orden social urbano y laboral en el Rosario del siglo XIX", en: *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 14, Rosario, UNR, 1989/90. Sandra Cazón, "Las fiestas populares en Hispanoamérica: El carnaval en la Argentina a principios del siglo XIX", en: *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, N° 29, 1992. Oscar Chamosa, *La Sociabilidad Festiva: a través de las asociaciones negras de Buenos Aires, 1850-1880*, ponencia presentada al Simposio "Sociabilidad, poder político y espacio simbólico en contextos latinoamericanos", Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 30-31 de mayo de 1996. Daniel Omar De Lucía, "Carnaval y sociedad en la Gran Aldea", en: *Todo es Historia*, N° 331, Buenos Aires, febrero 1995. Desde una perspectiva antropológica, Alicia Martín, *Fiesta en la calle. Carnaval, murgas e identidad en el folklore de Buenos Aires*, Colihue, 1997; "El carnaval en Buenos Aires: festejos y festejantes", en: *Cuadernos del INAPI*, N° 15, Buenos Aires, 1994.

(2) Entre los trabajos más conocidos: Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Madrid, Alianza Universidad, 1990. Jacques Heers, *Carnaval y fiestas de locos*, Madrid, Ed. Península, 1988. Julio Caro Baroja, *El Carnaval*, Taurus, 1979; Edward P. Thompson, *Cuestiones en común*, Barcelona, Crítica, 1995 (especialmente el capítulo 8, "La cencerrada"). Menos conocidos, claros y útiles son los libros y monografías de Antonio Montesino González, en especial: *Literatura satírico-burlesca del carnaval santanderino (1875-1899)*, Santander, Ediciones Tantín, 1986 (agradezco a Nélida Agueros facilitármelos).

(3) Como lo ha hecho, en su soberbio libro, Emmanuel Le Roy Ladurie, *El Carnaval de Romans*, México, Instituto Mora, 1994, especialmente cap. VIII ("1580: Martes de Carnaval o Dios con nosotros").

(4) Roberto Ferrero, *La colonización agraria en Córdoba*, Junta Provincial de Historia de Córdoba, N° 5, 1978, pág. 227.

(5) Hilda Iparraguirre, "Notas para el estudio de la demografía en la ciudad de Córdoba en el período 1869-1914", en: *Homenaje al Dr. Ceferino Garzón Maceda*, Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas, 1973. Cristina Boixadós, *Crecimiento urbano en un período de expansión económica. Córdoba, 1870-1895*, Córdoba, tesis de doctorado, marzo de 1997.

(6) *La Carcajada*, 02/12/1894.

(7) Idem.

(8) Para un análisis más específico de las luchas simbólicas en torno al centro histórico y la colonia de San Vicente: Pablo Vagliente, *Momo juega, las representaciones de la ciudad cambian (Córdoba, sus carnavales, 1890-1912)*, ponencia presentada en el simposio "Sociabilidad, poder político y espacio simbólico en contextos latinoamericanos", Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 30-31 de mayo de 1996.

(9) *La Carcajada*, 08/01/1893; *La Libertad*, 18/01/1904.

(10) *La Carcajada*, 04/02/1894.

(11) Los mismos diarios solían destacar las preferencias: *La Carcajada* en 1893 nombra a Totoral, Cosquín, Río Segundo, Jesús María y Tanti como "los puntos designados para pasar agradables ratos durante los tres días"; al año siguiente insiste en despreciar el pobre intento de festejo capitalino, agregando a los cuatro primeros sitios anteriores los de Calera, Alta Gracia y Pilar. *El Oráculo*, en 1898, predice que "los puntos más concurridos serán Cosquín, Capilla del Monte y Calera, siguiéndoles en gradación Jesús María, Totoral, Río Segundo, Pilar y Alta Gracia". *La Libertad*, en 1901, repite estos nombres y agrega los de Villa Allende y Calera como los de mayor relieve social.

(12) Cantidad de años en el período 1892-1911 en que aparecen informes y crónicas carnavalescas en la prensa (según selección realizada): Alta Gracia: 12; Jesús María: 19; Cosquín: 14; Totoral: 11; Río Cuarto: 8; Pilar: 12; Río Segundo: 18; Calera: 10; Villa Allende: 9; Tulumba: 3; La Falda: 2; Argüello: 1; Río Ceballos: 3; Anizacate: 2; Freire: 1; Concepción del Tío: 3; Villa María - Villa Nueva: 4; Cruz del Eje: 4; Ballesteros: 2; Río Primero: 1; San Francisco: 4; Mina Clavero: 1; Villa del Rosario: 2; Deán Funes: 3; San Marcos: 1;

Capilla del Monte: 3; Soconcho: 1; Quilino: 1; Ascochinga: 1; Marcos Juárez: 1; Calchín: 1; Santa Rosa: 1; Oliva: 2; Pozo del Molle: 1; Tanti: 3; San Roque: 1; Carnerillo: 1; Huerta Grande: 1; Laspiur: 2; Arroyito: 2; Bell Ville: 1.

(13) Como lo señala Ana Inés Punta al aludir a las políticas de control social en la campaña, en: *Córdoba borbónica. Persistencias coloniales en tiempo de reformas (1750-1800)*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1997.

(14) *La Carcajada*, 05/02/1893.

(15) *La Libertad*, 15/02/1901.

(16) *La Voz del Interior*, 02/03/1911.

(17) *La Libertad*, 26/02/1901.

(18) *La Libertad*, 07/03/1903.

(19) *La Libertad*, 25/02/1901.

(20) *La Carcajada*, 06/03/1892.

(21) *La Libertad*, 28/02/1903.

(22) *La Libertad*, 24 de enero de 1905.

(23) AGPC, Serie "Gobierno", 11 de enero de 1910; *La Voz del Interior*, 26/02/1911 y 03/03/1911.

(24) *La Voz del Interior*, 09/03/1911.

(25) *La Voz del Interior*, 06/02/1910.

(26) *La Libertad*, 24/02/1900 y 21/02/1901.

(27) *La Libertad*, 21/01/1904.

(28) *La Libertad*, 20/02/1903.

(29) *La Libertad*, 27/02/1903.